

gion el que los inspiraba? « Cuando Enrique IV preparaba su abjuración y cuando los ciudadanos hicieron representaciones para entrar en transacción con aquel grande hombre, aquel buen rey, aquel conquistador y aquel padre de la Francia, toda la facultad de teología congregada condenó la representación como *inepta, sediciosa, impía, absurda, inútil, en atención á que era conocida la obstinación de Enrique el relapso*. La facultad declara expresamente á todos aquellos que hablen de invitar al rey á profesar la religión católica, *perjurios, sediciosos, perturbadores del reino, herejes, fautores de herejes, sospechosos de herejía: y que pueden ser arrojados de la ciudad, para evitar que aquellos animales pestíferos contagien todo el rebaño.* » Bendigamos á los filósofos, añade Voltaire, que han enseñado á los hombres que se deben dar los bienes y la vida por el rey, áun cuando profese la religión de Mahoma, de Confucio, de Brama ó de Zoroastro (1).

El catolicismo y el odio de que era objeto, se concentraban en el siglo XVIII en la Compañía de Jesus. Es verdad que tambien los jesuitas estaban en decadencia, pero expiaban su pasado. Voltaire era discípulo suyo, hé aqui lo que critica en sus maestros: « El haber puesto el cuchillo en la mano de Juan Châtel, el haber obligado al gran Enrique IV á decir al duque de Sully que prefería llamarlos y hacerse amigo suyo, á estar continuamente temiendo el puñal y el veneno »: los acusa « de ser soldados con sotana, espías en todas las córtes, enemigos de todos los reyes, traidores á todas las patrias » (2). Esto era historia antigua en el momento en que Voltaire escribía esta violenta acusación. Pero con su admirable buen sentido observa que la historia antigua puede de un día á otro convertirse en historia de actualidad, si no se arranca el mal de raíz. ¿No era Voltaire contemporáneo de la revocación del edicto de Nantes y de las dragonadas?

IV.

Ya sabemos ahora por qué Voltaire hacía una guerra á muerte á la Iglesia; más de una vez lo repitió todavía, y nosotros respon-

(1) *Discurso de M. BELLEGUIER (Filosofía, t. I; Obras, t. XXIX, p. 516).*

(2) *IDEM, ibid., p. 517.*

derémos como él á los que nos criticaren estas repeticiones: puesto que no dejan de calumniar á un gran genio, no cesaremos de defenderlo; y el mejor medio de hacer su apología ¿no es dejarle hablar á él mismo? La dominación de la Iglesia, que Voltaire combate, encuentra hoy defensores en el campo de los filósofos, no que la legitiman en sí misma, sino que la justifican en razón de las circunstancias históricas en que se ha establecido. Esta equidad imparcial tiene un escollo, y es que no reprueba con bastante energía la usurpación de que se hizo culpable la Iglesia. El siglo XVIII no tenía y no podía tener nuestra justicia, que depende en gran parte de nuestra indiferencia. Empeñados en una lucha suprema con lo pasado, los filósofos no se sentían dispuestos á pintarlo con colores favorables: ponen de relieve todo lo que tiene de odioso, de absurdo, de ridículo la dominación de la Iglesia. Esto no es más que una parte del cuadro, pero salvo la exageración de los colores, está copiado del natural.

« Las usurpaciones de la corte romana, dice Voltaire, son grandes y ruinosas: sus pretensiones son innumerables. ¿En qué se fundan? ¿Por qué el obispo de Roma ha de ser el déspota de la Iglesia, el soberano de las leyes y de los reyes? ¿Es porque Jesucristo ha dicho expresamente: *No habrá entre vosotros ni primero ni último?* ¿Es porque ha dicho *el que quiera elevarse sobre sus hermanos se verá obligado á servirlos?* » Voltaire suele insistir sobre el pontificado de San Pedro: nada más dudoso que la residencia del apóstol en Roma, y algunos escritores necios han encontrado medio de añadir el ridículo á la duda: « Autores que no son de Thou escriben que Simon Barjona, llamado tambien Pedro, vino á Roma en tiempo del emperador Neron; que allí encontró á Simon el mago: que se enviaron mutuamente saludos por medio de sus perros; que disputaron sobre quién resucitaría un pariente de Neron que acababa de morir; que Simon el mago no pudo realizar la resurrección más que á medias, y que el otro Simon la llevó á cabo por completo; que despues se desafiaron á quién volaría más alto en el aire en presencia del emperador; que Simon Pedro, haciendo la señal de la cruz, hizo caer á su rival de la region media, lo que le hizo romperse ambas piernas; y que San Pedro, habiendo reinado veinte y cinco años bajo Neron, que no reinó más que

trece años, fué crucificado con la cabeza hácia abajo.» ¿Es posible, exclama Voltaire, que sobre semejantes cuentos haya establecido la imbecilidad humana en tiempos bárbaros el poder más enorme que ha oprimido á la tierra, y al mismo tiempo el más sagrado?

Hay algo más odioso que esas miserables invenciones de la estupidéz clerical, y son los fraudes en que se han apoyado para autorizar una dominacion injusta. «Se estremece uno, dice Voltaire, al considerar ese gran cúmulo de imposturas, cuyo tejido ha llegado á formar la tiara que ha oprimido tantas coronas. No hablo de las falsas constituciones apostólicas, de las citas falsas, de los malos versos atribuidos á las pretendidas sibilas, de las falsas cartas de San Pablo á Séneca, de las falsas decretales del papa Clemente, y de ese innumerable cúmulo de fraudes, llamados en otro tiempo fraudes piadosos: hablo de la pretendida donacion de Constantino, que es del siglo IX, y que era obligatorio creer, so pena de excomunion: hablo de las absurdas decretales que han sido por tanto tiempo el fundamento del derecho canónico, y que han corrompido la jurisprudencia de la Europa: hablo de la pretendida concesion, hecha por Carlo Magno al obispo de Roma, de la Cerdeña y de la Sicilia, que aquel monarca no ha poseido nunca. Cada año fué añadiendo un eslabon á la cadena de hierro con que sujetaba á los pueblos ignorantes la ambicion disfrazada con el traje de la religion. No se puede dar un paso en la historia sin encontrar algun rastro de ese desprecio con que trató Roma al género humano» (1).

Los defensores de la Iglesia suelen burlarse de la ignorancia de Voltaire: sabía poco griego, dice el conde de Maistre, y no tenía ninguna edicion buena de los autores antiguos ni de los Padres de la Iglesia. Si sabía poco griego, es porque sus maestros los jesuitas no le habian enseñado más. Si ignoraba las cosas pequeñas, conocia admirablemente las grandes: más ciencia no hubiera servido más que para aumentar la confusion y la vergüenza de la

(1) *La Voz de las naciones (Política y Legislación)*, t. I. Obras, t. XXVI páginas 130-132).

Iglesia. Si hubiera sido más sabio, Voltaire hubiera adicionado el capítulo de las falsedades con algunos artículos bastante curiosos, puesto que hubiese probado que la Iglesia ha fabricado falsos milagros para fundar y propagar el famoso misterio de la transubstanciacion. Pero lo que Voltaire dice basta y sobra: no hay una palabra en aquella terrible acusacion contra los falsarios clericales que no sea verdad, ni una palabra que esté exagerada. Hay, pues, un poder que se llama sagrado, que se atreve á decirse instituido por Dios, venerado por la imbecilidad humana como intermediario obligado entre el cielo y la tierra, y cuyos títulos son errores, mentiras y falsedades! Y ¿cómo no habia de ser así? La revelacion en que está fundado el poder de la Iglesia ¿no es un largo error del espíritu humano, sostenido por la impostura? Y las armas del error interesado ¿no son el engaño y el fraude?

Voltaire avergüenza á los reyes por haberse dejado dominar por aquellos impostores. Pregunta si no tienen todos los Estados el derecho de gobernarse por sí mismos, sin depender de ningun poder extraño, á ménos que estén compuestos de imbéciles y de cobardes. Sin embargo, la Inglaterra ha sido vasalla de un legado à *latere*, que hizo arrodillarse ante sí al rey Juan, y que recibió su fe y pleito homenaje en nombre del obispo de Roma, vice-Dios, servidor de los servidores de Dios. No hay reino de Europa que no haya sido dado por el obispo de Roma en virtud de su humilde y santo poder. Ya se sabe cuántos emperadores han sido depuestos, ú obligados á pedir perdon, ó asesinados, ó envenenados en virtud de una bula. No solamente el servidor de los servidores de Dios ha dado todos los reinos de la comunion romana, sino que ha retenido su dominio supremo y su dominio útil; no hay ninguno de que no haya sacado diezmos y tributos de toda especie. «Me quedo absorto, añade Voltaire, cuando veo los restos de la antigua supersticion que subsisten todavía. ¿Por qué extraña fatalidad casi todos los príncipes se apresuraron de este modo durante tantos siglos á someterse al yugo que les presentaban?» Responde que es debido á la ignorancia: «Los reyes y los barones no sabian leer ni escribir, y la córte romana sí; esta circunstancia solamente le dió esa prodigiosa superioridad, de que áun conser-

va buenos restos. ¡He aquí cómo pudo suceder que los príncipes se sometiesen á unos juglares!» (1).

El ridículo es el arma predilecta de Voltaire: se sirvió de ella para echar por tierra lo que aún quedaba del poder de la Iglesia. En una de sus más agradables composiciones, presenta en escena á Luciano y á Erasmo. Erasmo da á leer al Voltaire griego su tratado de la locura. Luciano se echa á reír. Llega Rabelais: «Señores, oigo que os reís, y por eso me acerco: ¿de qué se trata?» —*Luciano y Erasmo*: «De extravagancias.» —*Rabelais*: «Yo soy de los vuestros.» Luciano pregunta á su amigo el humanista quién es áquel ente original, y luégo interpela á Rabelais: «¿Habías hecho voto, como Erasmo, de vivir á costa de los demás?» —«Con más motivo que él, responde el Frances; porque yo era sacerdote y médico. Yo habia nacido con talento y llegué á ser tan sabio como Erasmo; y viendo que el talento y la ciencia no enseñaban generalmente más camino que el del hospital ó el de la horea; viendo además que con sus chistes á medias Erasmo era perseguido algunas veces, resolví ser más loco que todos mis compatriotas juntos; compuse un gran libro de cuentos propios para hacer dormir, lleno de porquerías, en el cual puse en ridículo todas las supersticiones, todas las ceremonias, todo lo que era venerado en mi país; dediqué mi libro á un cardenal, é hice reír aún á los que me despreciaban.» ¿Qué es un *cardenal*? pregunta Luciano. «Es un sacerdote vestido de encarnado, responde Erasmo, al cual se dan cien mil escudos de renta por no hacer absolutamente nada.» «Al ménos convendréis, dice Luciano, en que esos cardenales eran gente razonable. Veo que no todos vuestros ciudadanos eran tan locos como decís.» —«Los cardenales, respondió Erasmo, tenían otra especie de locura, la de dominar; y como es más fácil subyugar á los tontos que á las gentes de talento, quisieron acabar con la razon, que empezaba á levantar la cabeza.» Luciano se aflige de la estupidez humana: «Todo lo que me decís, añade, me confirma en la opinion de que valia más vi-

(1) *Que todo Estado debe ser independiente* (Diálogos, Obras, t. XXXII, páginas 130-132).

vir en mi siglo que en el vuestro. Esos cardenales de que me hablais eran, pues, señores del mundo entero; puesto que imperaban sobre los locos.» —«No, dijo Rabelais, habia un viejo loco que estaba sobre todos ellos.» —«¿Cómo se llamaba?» pregunta Luciano. —«Un *papanatas*, responde Rabelais. La locura de aquel hombre consistia en decir que era infalible y señor de los reyes; y tanto lo dijo, tanto lo repitió, tanto lo hizo pregonar por medio de los frailes, que al fin casi toda la Europa quedó persuadida.» —«¡Ah nos aventajais mucho en demencia! exclamó Luciano. Las fábulas de Júpiter, de Neptuno y de Pluton, de que tanto me he burlado yo, eran cosas respetables en comparacion de las necedades de que está tan pagado vuestro siglo» (1).

Esta era tambien la opinion de Voltaire; pero se proponia abrir los ojos á los más ciegos. Las tinieblas de la ignorancia se iban dissipando. «Cuando aquella lepra, dice con admirable energía, hubo disminuido en los magistrados y en los principales ciudadanos, se miró de frente al ídolo ante el cual se habia besado el polvo. En lugar de homenajes, la mitad de la Europa devolvió ultraje por ultraje al servidor de los servidores de Dios; la otra mitad, que todavía le besa los pies, le ata las manos.» Voltaire aconseja la audacia: «No son conocidas sus fuerzas, dice. El que hubiese propuesto hace cincuenta años arrojar á los jesuitas de tantos Estados católicos, hubiese pasado por el más visionario de los hombres. Aquel coloso tenía un pié en Roma y otro en el Paraguay; cubria con sus brazos mil provincias y tocaba con la cabeza en el cielo. Yo he pasado y ya no existe» (2). ¡Por qué no tenemos un Voltaire que dé un poco de valor á nuestra meticulosa generacion, que tiene miedo de todo! ¡Ni siquiera echamos de ver que nuestra cobardía es lo que constituye la fuerza de la Iglesia! ¿Quién llena los templos, aparte de los necios y los imbéciles? Gentes que tienen miedo, ó que hacen la corte á los ministros de Dios, no para que les abran las puertas del cielo, de las que hacen bien poco caso, sino porque todavía son temibles en este mundo. Así es co-

(1) *Diálogos*, x (Obras, t. XXXII, p. 75-77).

(2) *Que todo Estado debe ser independiente* (Diálogos, Obras, t. XXXII, p. 318).

mo se perpetúa el imperio de la superstición. ¡Si pudiéramos atrevernos, no duraría veinte y cuatro horas!

V.

La Iglesia nos conduce al cristianismo. Si Voltaire hace la guerra á la religion, es por la misma razon por la que ataca á la Iglesia: «Es evidente, dice, que la religion cristiana es una red en la que los bribones han tenido envueltos á los tontos por espacio de más de diez y siete siglos, y un cuchillo con que los fanáticos han degollado á sus hermanos durante más de catorce» (1). «Cualquiera que reflexione, verá que el objeto de tantas bribonadas ha sido únicamente enriquecerse á costa nuestra, y levantar el trono de la ambicion sobre el escabel de nuestra estupidez. Se ha empleado durante diez y seis siglos la picardía, la mentira, los prestigios, las prisiones, las torturas, el hierro y el fuego, para que un fraile tuviese cuarenta mil francos de renta; para que el obispo de Roma usurpase el trono de los Césares; para que los reyes no reinasen sino por la bondad de un malvado adúltero y envenenador como Alejandro VI, ó de un libertino como Leon X, ó de un asesino como Julio II, ó de un viejo imbécil, como los que se han visto despues. Ya es tiempo de romper el yugo infame que la estupidez ha puesto sobre nuestras cabezas, y que la razon sacude con todas sus fuerzas: es tiempo de imponer silencio á los necios fanáticos asalariados para anunciar esas imposturas sacrílegas y reducirlos á predicar la moral que procede de Dios, la justicia que está en Dios, la bondad que es la esencia de Dios, y no dogmas impertinentes que son obra de los hombres. Ya es tiempo de consolar á la tierra que esos caníbales disfrazados de sacerdotes y de jueces han cubierto de sangre. Es tiempo de escuchar á la naturaleza que hace siglos está clamando: no persigais á mis hijos por cosas estúpidas. Ya es tiempo, en fin, de servir á Dios sin ultrajarle» (2).

Voltaire no ve en las creencias cristianas, en los misterios, más

(1) *De la paz perpétua*, art. 31 (*Obras*, t. XXVI, p. 70).

(2) *Suplemento al discurso de JULIANO* (*Filosofía*, *Obras*, t. XXX, p. 660).

que impertinencias y estupideces. No se hubiera ocupado de ellas más que para reirse, si aquellas tonterías, presentadas con el pomposo nombre de dogmas, no hubieran servido para explotar la credulidad humana, y para perseguir, para dar caza como á fieras á los que rehusaban someterse á su yugo. Esta es, en pocas palabras, la razon de esa guerra de setenta años que Voltaire hizo al cristianismo y que los beatos censuran como un crimen, como un sacrilegio. ¿Está recargado el cuadro? ¡Ah! cuanto más se profundiza la historia, más crímenes se descubren cometidos en nombre de la religion por bribones é impostores. Y cuanto más se estudian los dogmas, más en contradiccion se los encuentra con el buen sentido. De este modo se comprende que Voltaire escriba á Federico II: «Mientras haya bribones é imbéciles, habrá religiones. La nuestra es indudablemente la más ridícula, la más absurda y la más sanguinaria que ha infestado al mundo» (1). No calificuemos estas palabras de impías ni de injustas. Hemos sido educados en estas tonterías desde nuestra infancia: la costumbre, tan poderosa sobre el espíritu humano, nos hace aceptar sin gran repugnancia dogmas, ante los cuales retrocederíamos con horror, si nos los presentáran por primera vez despues de haber llegado á la edad de la razon. Voltaire ha hecho ver lo que hay de ridículo en la teología cristiana, presentando en China y frente á frente misioneros de las diversas sectas. Esta es una de esas pequeñas obras maestras que solia escribir jugando. Analizaremos esa ingeniosa ficcion, que es á propósito para aquellos de nuestros lectores que creyeran que faltamos al respeto á las tonterías teológicas.

La China es el imperio de los jesuitas: un reverendo padre toma la palabra: «Yo os lo digo, mis queridos hermanos, nuestro Señor quiere hacer de todos los hombres vasos de eleccion; en vosotros consiste el ser vasos; basta con que creais inmediatamente cuanto os digo: sois dueños de vuestro espíritu, de vuestro corazon, de vuestros pensamientos, de vuestros sentimientos; Jesucristo ha muerto por todos, y es sabido que la gracia alcanza á todos. Si no teneis la contrición, teneis la atrición: si os falta la

(1) *Carta de 5 de Enero de 1767.*

atricion, teneis vuestras fuerzas y las mias.» ¡Excelentes Padres! no se les ha hecho justicia. Querian salvar á todo el mundo. ¿Es culpa suya si tuvieron que recurrir á mil astucias para poner de acuerdo la razon y la justicia en una teología tan falta de razon como bárbara? Voltaire califica los dogmas cristianos de impertinentes y de ineptos. Un jansenista, que habla despues del jesuita á los Chinos, nos dirá si se equivoca Voltaire.

Los jansenistas son fieles discípulos de San Agustin, y el gran doctor ha recibido la aprobacion de los papas. En vano hoy tratan de rechazarlo haciendo pasar á los jansenistas por calvinistas disfrazados. Es una mentira más que hay que añadir á tantas otras cómo fabrican sin escrúpulo los defensores de la Iglesia para defensa de su causa. Escuchemos al jansenista de Voltaire; por su boca habla la verdadera tradicion: «No, Jesus no ha muerto sino para algunos: la atricion es una necesidad: las fuerzas de los Chinos no sirven para nada, y vuestras oraciones son blasfemias.» ¡Qué amable religion, y cuán á propósito para convertir á todo el mundo! Se empieza por decir á los Chinos que están condenados, predestinados á arder eternamente en el fuego del infierno, todos sus antepasados, ellos y su posteridad, por lo ménos noventa y nueve por ciento. ¡No dejarán con esto de creer en aquel Dios de amor!

¿No tiene razon el cuákero que viene despues de calificar de tigre al jansenista? Y cuando se contenta con llamar zorros á los jesuitas, los reverendos padres no tienen por qué quejarse. El cuákero pretende que los Chinos no necesitan el bautismo que los católicos quieren administrarles. «Así, dice, lo hacemos nosotros. Todo lo que se necesita es sentirse animado por el Espíritu: no teneis que hacer más que esperarle, él vendrá, y sabréis al morir más que lo que esos charlatanes pueden decir en toda su vida.» Hé aquí un teólogo que por lo ménos es fácil de contentar. ¡Así es que llueven sobre él las injurias! El anglicano le llama monstruo. «¿No sabeis, exclama, mis queridas ovejas, que solamente la Iglesia anglicana posee la verdad? ¿No os lo han dicho nuestros capellanes que han venido á beber el punch á Canton?» «No le creais, dice el jesuita, los anglicanos son unos desertores; han renunciado á nuestro papa, y solamente el papa es infalible.»

«Vuestro papa, exclama un protestante, es un asno; Lutero lo ha dicho. Mis queridos Chinos, reos del papa y de los anglicanos, de los molinistas, de los jansenistas y de los cuákeros, y no creais más que á los luteranos; no teneis que hacer más que pronunciar estas palabras, *in, cum, sub*, y comer y beber bien.» Voltaire hace hablar todavía á un puritano, á un mahometano y á un judío. Pero creemos que el lector habrá quedado edificado y que será de la opinion de los Chinos, que, despues de haber oido á todos aquellos predicadores, exclaman: «¡Por Confucio, todas estas gentes han perdido el juicio! Señor conserje de las casas de locos de la China, encerrad á estos pobres locos en sus jaulas correspondientes» (1).

VI.

Ahora se comprenderá la guerra apasionada que Voltaire hace al cristianismo. Despojémonos de nuestras preocupaciones de la infancia, y aplaudirémos. Revelacion, milagros, misterios, pecado original, redencion, mediacion, gracia, predestinacion, condenacion, infierno, paraíso, todas estas cosas sagradas son invenciones humanas. Es cierto que ha habido hombres de buena fé entre los que imaginaron tal cúmulo de absurdos, pero tambien es cierto que ha habido impostores y pícaros que los explotaron en beneficio de su ambicion y de su codicia. Sin más que los innumerables fraudes cometidos, bastaria para desacreditar á la Iglesia que ha sacado partido de ellos. Y ¿cuál ha sido el resultado para la humanidad? Lo que todavía vemos en nuestros dias: supersticion, estupidez, hùmillacion de la razon, despotismo intelectual. Saludemos, pues, y aclamemos al gran libertador, á Voltaire. Se impone la mision de destruir la obra secular del error y de la mentira. Todas las fuerzas reunidas de los libres pensadores no son bastantes para este trabajo gigantesco. Voltaire se pone á su cabeza y los excita al combate. Á Helvecio le escribe: «Vuestro cobarde Fontenelle no vivia más que para él; vivid para vos y para

(1) *Galimatias dramáticos (Diálogos, Obras, t. xxxii, p. 79-82).*